

EL MERIDIANO

Chema R. Morais

Agridulce hogar

«LLEVO toda la vida intentando pagar mi piso y, cuando lo he conseguido, resulta que tengo que seguir pagando». Se lo contaba una amiga a otra, hace unos días, en un café zaragozano. La mujer lo decía un tanto dolida, aunque más resignada que cabreada. Aunque el ruido de la cafetera y los platos no permitiera escuchar claramente todos los montantes y números que se sucedieron en la charla, la verdad es que en su conversación salieron tantas cifras que una azafata del 'Un, dos, tres' no hubiera podido seguir su ritmo con la calculadora. «Me he conseguido quitar la hipoteca, pero, claro, entre los gastos de comunidad y el último recibo de la calefacción, de más de 400 euros, no lo hago». La escuchadora asentía, pero le decía que todos tenemos que pagar agua, luz y basuras. «Sí, sí, sí lo entiendo. Pero es que luego te toca pagar el IBI, el de la casa, y el del garaje y el trastero, también los seguros, y encima en mi comunidad han aprobado obras y tengo cuatro derramas próximamente». Ambas se quejaban de tener que pagar un impuesto por tener una casa y que, encima, no sea precisamente barato... Y aunque las dos agradecían tener la suerte de poder costearlo, una de ellas reconocía tener que tirar de ahorros algún mes, por no poder sufragar tanto gasto.

La calorina de los últimos días quizá ha enfriado -aunque parezca un contrasentido- el debate sobre la pobreza energética, en el que puede que no se hayan empleado suficientes energías. Normal, al precio al que están. Pero la recurrente estampa del trabajador cansado que llega a casa, se calza las zapatillas y se sienta en el sofá ya no se corresponde exactamente con el «hogar, dulce hogar» que antes evocaba. La sensación, ahora, es agridulce. Acaramelada, sí, en el sentido de que no todo el mundo tiene trabajo ni una casa en la que guarecerse, pero agria cuando a veces el minguante sueldo no da para sufragar los crecientes gastos y mantener lo que tanto ha costado conseguir.

Cuando en los próximos días los candidatos a las cercanas elecciones municipales y autonómicas eleven la voz y trasladen su mensaje de 'Qué bello es vivir', que piensen también que, además de bello, vivir es caro. Y que algo podrán hacer para que esta casa, la de la mujer que hablaba en el bar a su amiga, y las de todos los demás, no sea una ruina (económica).

EL MIRADOR | Fernando el Católico reinó en tierras que hoy son de varios países europeos, africanos y americanos y su visión intercontinental de la política marcó por siglos la historia de Europa
Por Guillermo Fatás

Don Fernando, en tamaño natural

A DIARIO, la Koninklijke Bibliotheek de La Haya, creada en el siglo XVIII, recibe desde el Palacio Real de Zaragoza -la Aljafería- los datos de ventilación, humedad y temperatura internas de la vitrina en que se exhibe el libro de la Orden del Toisón de Oro. Una de sus láminas muestra, en brillante atuendo carmesí, a Fernando II de Sicilia, V de Castilla y León, II de Aragón y III de Nápoles, esto es, a Fernando de Aragón, el rey Católico, de cuya muerte hará medio milenio en enero de 2016.

El primero que usó la imprenta para la propaganda política masiva, fue reconocido ya en su tiempo como alguien excepcional. «Algo nuevo empieza en España», advertía uno, atento a los signos de su tiempo (De Valera, 1476). Otro decía: «Natura no puede fazer príncipe en quien más el saber, la grandeza del ánima, la gentileza y la humanidad reluzcan ni quepan, ni es cosa credera el saber suyo, que más parece divina que humana» (Suárez Figueroa, 1478). Un tercero, en latín, proclamaba: «Renace la Edad de Oro» (Pedro Ciruelo, 1498).

No cesaron estos testimonios, de propios y de ajenos. Maquiavelo, en 'El Príncipe' (1513), opina: «Ha hecho y concertado cosas grandes, que siempre han tenido sorprendidos y admirados los ánimos de sus súbditos, ocupados en sus resultados. Estas acciones han nacido de tal modo una de otra que nunca han dado a los hombres espacio para poder urdir algo tranquilamente contra él».

En el siglo siguiente, Gracián lo hace arquetipo de políticos, «oráculo mayor de la razón de estado», ante cuyo retrato afirmaba reverente su bisnieto, Felipe II: «A este lo debemos todo». Y el ilustrado militar Cadalso dijo, en el siglo XVIII, que, a la muerte del rey, la monarquía española nunca había sido «más feliz por dentro, ni tan respetada por fuera».

Fernando, al final de su vida, con un alto grado de conciencia sobre su obra, dijo de sí: «Ha más de setecientos años -el rey pensaba en la invasión musulmana del



HERALDO

«El visitante puede mirar, de frente y de hito en hito, al rey arrodillado, en tamaño natural, que le hablará sin palabras»

año 711- que nunca la corona d'España -nótese el singular- estuvo tan acrecentada ni tan grande como agora, así en Poniente como en Levante; y todo, después de Dios, por mi obra y trabajo».

Un hombre atractivo

Fernando, al decir de quienes lo conocieron (Del Pulgar), «era de mediana estatura, bien propor-

nado en sus miembros, e en las façiones de su rostro bien compuesto, los ojos rientes, los cabellos prietos e llanos; ome bien complisionado». Y, en la conducta, «tenía la habla igual, ni presurosa ni mucho espaçiosa. De buen entendimiento, muy templado en su comer e beber, e en los movimientos de su persona, porque ni la yra ni el plazer fazía en él grand alteraçión. Cavalgaba muy bien a cavallo; justava, tirava lança e fazía todas las cosas tan sueltamente e con tanta destreza que ninguno lo fazía mejor. Era gran caçador de aves, de buen esfuerço e gran trabajador en las guerras. De su natural condiçión era muy inclinado a hazer justiçia, y también era piadoso e compadeçíase de los miserables que veía en alguna an-

gustia. Qualquier que con él hablase, luego le amava e deseava servir, porque tenía la comuniçión muy amigable».

Liberales y nacionalistas

Primero, el liberalismo castellano, centrado en la reina Isabel; y, después, el nacionalismo catalán, quebrantaron el recuerdo de Fernando, que pasó a ser casi un catálogo de vicios: avariento, rencoroso, lujurioso, vengativo, frío y centralista.

No obstante ello, y aun contando con el peso que los modernos dieron al restablecimiento de la Inquisición (1482) y a la expulsión de los judíos (1492), la virtud política del gran monarca ha sobrevivido brillantemente a los siglos.

Una exposición inteligente

La exposición refuerza esta perspectiva, sin agredir a nadie. Muestra de forma contenida e inteligente -hay que saber entenderla- al soberano aragonés, español -ya vimos que habló de 'España'- y europeo. Nunca, por ejemplo, ha visto nadie juntos sus cinco retratos 'clónicos', hoy dispersos por el mundo, que denotan la perspicaz intención de controlar la imagen pública del rey. La foto de esos cuadros reunidos ya ha sido pedida por varios países y los visitantes de la Aljafería tienen por unas fechas el privilegio de verlos directamente. Documentos de primera magnitud se unen a vestimentas y símbolos -ropajes, cetro, espadas, corona- que don Fernando usó en su densa vida para realzar su función.

El visitante puede detenerse ante la magnífica estatua, obra de Vignery en tamaño natural, que ha venido de Granada al palacio de Zaragoza, y mirar, de frente y de hito en hito, al rey arrodillado, que le hablará sin palabras. Si quieren ver a este hombre y cómo fue, vayan a la Aljafería, donde él vivió. Los profesores de nuestra universidad José Ángel Sesma y Carmen Morte han hecho una gran diana. Y ya sabemos que estas labores y excelencias no aparecerán en las famosas clasificaciones de Shanghái.

CUENTOS DE DOMINGO

Antón Castro

Lady Aguirre

HAY gente que sabe hacerse odiar como nadie. Gente que se crece en la capacidad de irritar, de provocar y de ejercer la chulería permanente. Cuanto peor, mejor, como diría Mae West. Cuanto más la interpelan, la critican, le descubren los costuro-

nes de la incoherencia, más se fortalece en el castigo. Y entonces no solo se envalentona, sino que halla la salsa ideal, el caldo sabroso o tal vez excitante. Uno de los casos más formidables es el de Esperanza Aguirre. Es difícil hallar en la política reciente, e incluso en un partido tan lleno de accidentes e infamias como el Partido Popular, alguien como ella: siempre tiene una razón de más que sus enemigos, o dos o cien, y las dice contra viento y marea a cualquier hora, ya sea contra Rajoy, tan sibilino como mudo (ha aprendido que el silencio inextricable gana batallas por agotamiento o por pura complejidad), contra Ruiz-Gallar-

dón, que ha pasado a la vida del buen mantenido público, contra Pablo Iglesias, los guardias de tráfico o los periodistas, para quienes reserva algún reproche. Lo que más llama la atención, en el envés de su seguridad, es su desfachatez: dejó la Comunidad de Madrid, aludió a motivos personales y al deseo de retirarse a los cuarteles de invierno, y a las tres semanas ya estaba intrigando. La maldición. Tampoco le hacen mella las contradicciones de su ejercicio, la columna de gente que malvive en los subterráneos de la precariedad, ni le perturba la nómina de colaboradores y amigos encausados o atrapados con las manos en la

caja. Son algunos los que la temen, los que intentan pararla o vencerla con subterfugios, con faenas de aliño, pero casi siempre con cautela o con pánico. La fiera es la fiera, de psicología enrevesada, y ella lo sabe. Que regrese para ser alcaldesa de Madrid, con tantos fantasmas en su gestión, es una provocación, un fracaso de la democracia y un retrato al desnudo de su partido. Ella, suceda lo que suceda, es lo primero y siempre tiene razón: yo antes que la política y la sensatez. Quizá más que un personaje de Vargas Llosa, que le dedicó un elogio incondicional, habría sido una criatura tenebrosa de Shakespeare.